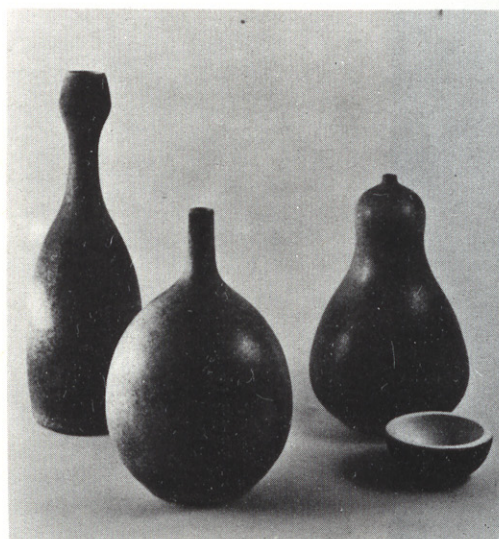


las artes y los artistas

Por Juan RAMIREZ DE LUCAS

antonio cumella
un mundo
escultórico
cerámico



Más de diez años hacía que Antonio Cumella no exponía sus obras cerámicas en Madrid. Una larga espera, pero no una inútil espera, pues Antonio Cumella se nos muestra ahora más diverso, más cuajado, más seguro que nunca. La gran sala central de la Dirección General de Bellas Artes, que José Luis Fernández del Amo acondicionó hace ya bastante tiempo ganando el patio central del edificio de la Biblioteca Nacional, nunca se nos había aparecido tan diáfana, tan inmensa como ahora. Las sensibles cerámicas de Antonio Cumella emergen allí de la luz como criaturas vivas en su fragilidad y dureza; formas hechas de barro, de agua, de calor, de amor, casi igual que las criaturas humanas. Es un universo poblado, pero poblado de armonía y orden, de necesarias diferenciaciones en la unidad material, de matices sin estridencias en el color de cada ser; por todo ello, un universo superior, un ejemplar mundo del que deberíamos tomar modelo.

Antonio Cumella conoce todos los secretos de la materia cerámica, en su taller de Granollers (Barcelona) la lleva estudiando y experimentando toda su fecunda vida con una entrega y una pasión nunca cansadas; y cuando se producen estas indomables entregas en las que el amor adopta la fuerza incontrolada de la pasión, el resultado se traduce en esa seguridad, en ese arrebató, en ese rotundo aliento de vida palpitante, que se aprecia en cada obra salida de la mente y de las manos de este artista.

Desaparecido de la vida activa del arte, por los años y las enfermedades que lo aquejan, José Llorens Artigas, el ceramista español de maestría más indiscutible, de alcance más extenso e internacional, no hay duda que es Antonio Cumella. No le ha sido fácil la vida a Antonio Cumella, ni grata muchas veces, ni justa; tal vez de todo ello le ha quedado una especie de rudeza agresiva,



El artista en su taller
de Granollers (Barcelona)

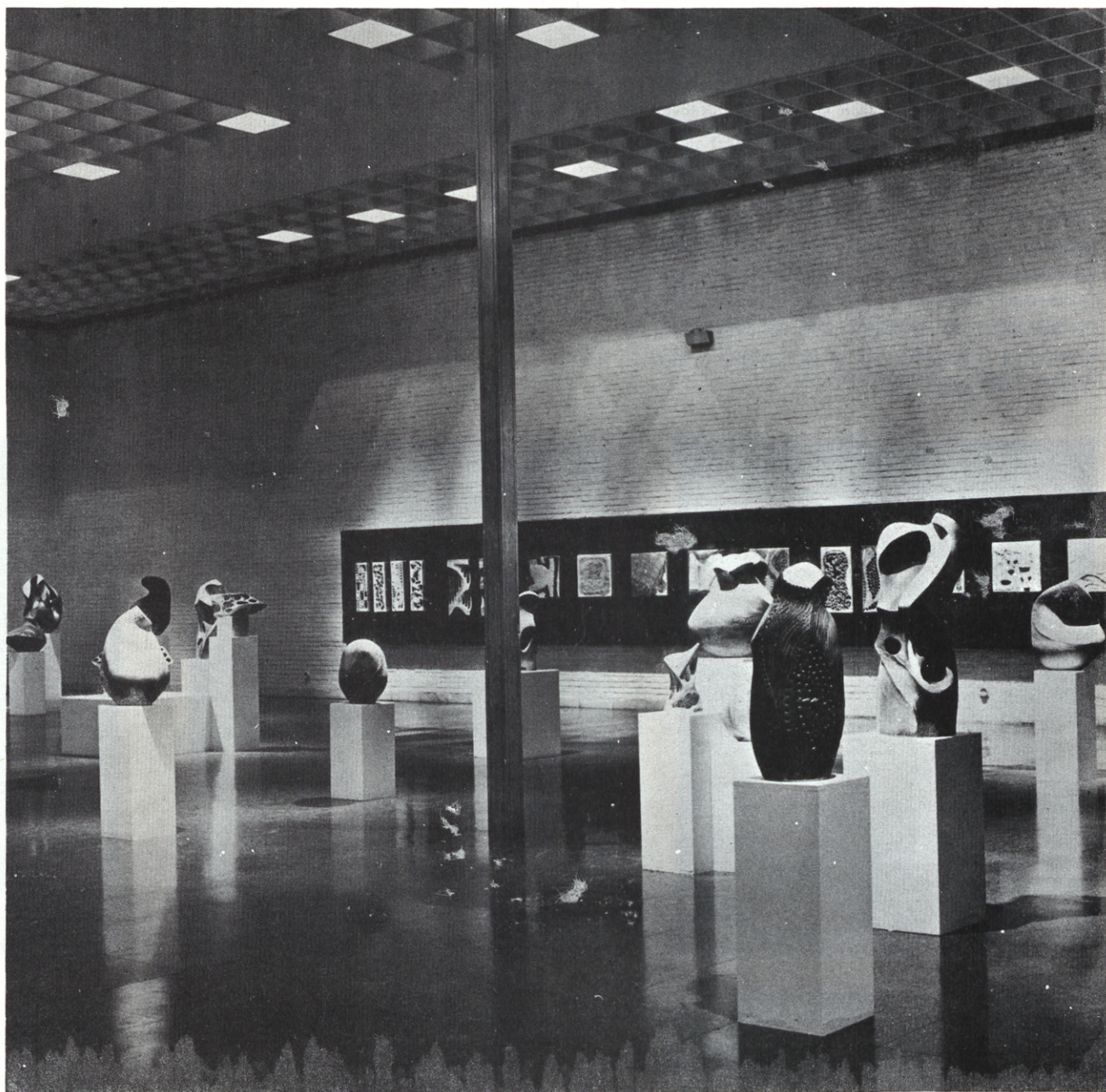
de empuje toril, que parece que va a terminar con todo lo que encuentra por delante cuando arremete. También en muchas de sus piezas cerámicas existe esa rudeza, esa aparente crispación externa. Es solo una apariencia, pues si nos acercamos con atenta medida, si observamos con tacto, apreciaremos como todo es terso, limpio, natural y consecuente. Las grandes tensiones internas, las grandes temperaturas, producen estas vitales y desconcertantes criaturas, tanto las humanas como las artísticas, pues nunca en los grandes creadores la vida se separa del arte, ni al contrario.

Las cerámicas de Antonio Cumella no son otra cosa que una lucida consecuencia de su temperamental ímpetu, casi podríamos decir que en cierta manera son autorretratos. Autorretratos no de imagen externa, pero sí del subconsciente y del inconsciente, que son los más hondos y permanentes, los que apenas se transforman con el transcurso de los años. Y ya se sabe que toda obra de arte verdadera es una confesión y pobre del artista que no tenga nada que confesar, o que no se atreva, o que no pueda hacerlo. Antonio Cumella se atreve a todo y cada día está más atrevido, más

contundente, más claro y resuelto, más libre.

Algunas veces hay crispaciones de volcán, fuego de terremoto, lava que corría densa y crepitante y que en un momento preciso se detiene y adquiere imprevista forma. Otras veces lo que corren son aguas libres, torrentosas en su luminoso discurrir, que con su insistencia, con su caricia, van redondeando aristas duras hasta darles a las formas la tersura de las superficies de algunos frutos. Otras veces son vientos marinos que no cesan en su erosión y penetran por los huecos que traspasan

Vista parcial de la exposición
en Madrid.
Montaje:
Botey, Bosch y Cuspinera,
arquitectos.



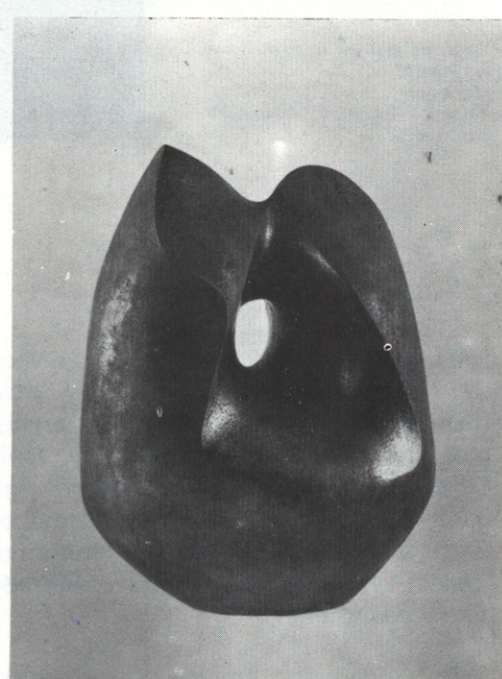
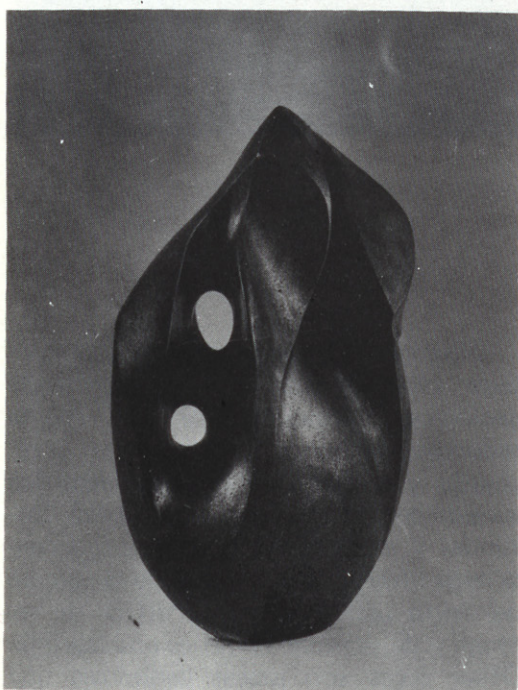
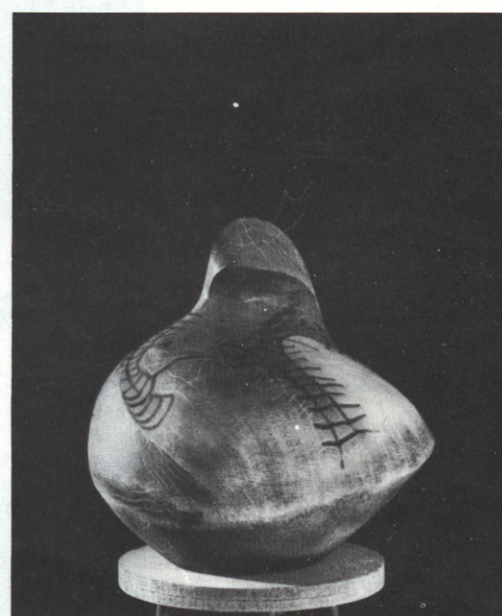
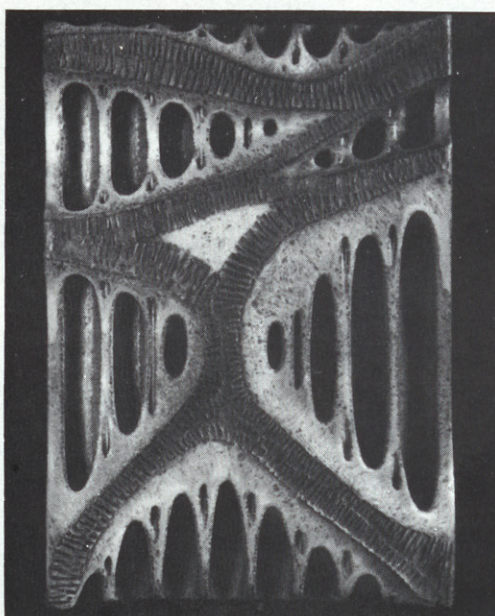
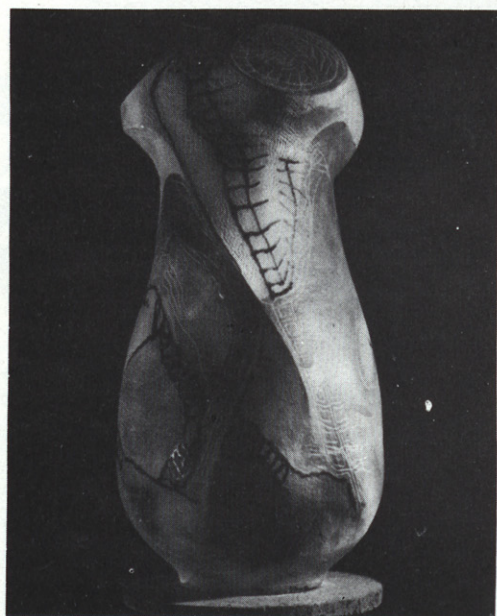
los olivos y los algarrobos. Otras veces son como agujereados peces y otras formas marinas aquietadas en un preciso momento de su incesante ir y venir. Otras veces son deseos carnales que como fuegos, lavas, torrentes, huracanes, apetitos voraces, agarran la materia con frenesí y la dejan tundida, agotada, satisfecha y feliz.

De toda esta amalgama de contrapuestas motivaciones, nace la obra de Antonio Cumella, su diversidad de formas queridas, que unas veces pueden tener el perfil puro y nítido de una fruta, la piel de un guijarro, la cavidad de una boca o

de una vagina, el diseño esquemático de una red venosa, el mapa de unos nervios, el desgarró musculoso de un fusilamiento, o la impronta de una servilleta perdida en la playa cuya textura se va incorporando poco a poco en la arena mojada y seca. No, no temáis el cansancio, Antonio Cumella no os dejará descansar, porque su obra es como él mismo, como la vida misma, llena de sobresaltos, de altas tensiones temperamentales, de excitaciones y calmas pausadas, de tormentas que llevan a la fecunda germinación, y de tormentos que se remansan en paz final y serena.

Crispados trozos de mundo atormentado recién salido de una contienda geológica o provocada, se alían con la redondez del canto rodado y con el recuerdo y el deseo de la venus neolítica surgida del tiempo sin pies ni cabeza. Rotundas y apetitosas formas que recorren la larga diversidad que va desde la cascara del fruto partido a lo tan difícil de retener y de plasmar como es una lagrima. Otras veces son placas cerámicas que trepan por los muros con su yedra fosilizada entre las que han tejido nidos imposibles golondrinas del sueño, aves emigrantes del deseo nunca satisfecho.

Las manos siguen a la imaginación y la imaginación a los ocultos resortes, a las sensaciones y los sentimientos. Se acumula el estudio de cada día, la experiencia de cada hora de taller espoleada por un no conformismo; los arrebatos alternan con los amorosos bálsamos que Inés pone en las viejas heridas vitales del esposo, y con todo ello Antonio Cumella va creando su propio universo de amor a la verdad, universo para el que no existe el descanso del séptimo día, Universo en creciente aumento de invenciones y en aumentada perfección de formas.



Fotos: Toni Cumella